

Una herejía santificada: idea y realidad del ejército rojo

ROMAN KOLKOWICZ es investigador de la división económica del *Institute for Defense Analysis*, Washington, y profesor de la Universidad de Virginia, Estados Unidos. Es autor de *The Soviet Military and the Communist Party*, Princeton University Press, 1967. Este artículo está basado en un trabajo presentado en la Sexta Conferencia Internacional sobre Asuntos Mundiales que se reunió en la sede del Congreso, Berlín Occidental, en septiembre de 1967.

Al trazar la carta de la revolución del proletariado, de la toma del poder por el Partido Comunista y de la creación de una sociedad comunista, ni Marx, ni Engels, ni Lenin calcularon el alcance que obtendría el problema de los militares y su papel dentro de una sociedad postrevolucionaria tal como la planeada. Aunque ellos proyectaron varios "modelos" distintos para las fuerzas armadas, ya fuese con fines revolucionarios o postrevolucionarios siempre estuvieron de acuerdo sobre un axioma fundamental: En una "sociedad comunista nadie siquiera pensará en la posibilidad de un ejército permanente: ¿Por qué habría de necesitarse?"¹ La existencia de un ejército profesional permanente en una sociedad postrevolucionaria les parecía a ellos una anatema, un concepto que introducía una herejía que contradecía y violaba muchos de los dogmas fundamentales de la ideología.

Y con todo, hemos llegado al conocimiento de que esta herejía, la idea de un ejército profesional en una sociedad comunista "sin clases", se ha tornado en parte de su escueta realidad. Además, el establecimiento militar soviético ha asumido progresivamente un papel cada vez mayor dentro del estado y la sociedad, influyendo y conformando importantes aspectos de la vida social, política y económica soviética.

Es la intención de este trabajo delinear brevemente la génesis de las tempranas ideas utópicas del siglo XIX sobre fuerzas armadas revolucionarias, la transmutación de estas ideas y el surgimiento de un

¹Citado en R. Kolkowicz, *The Soviet Military and the Communist Party*, Princeton University Press, 1967, p. xviii.

ejército postrevolucionario en la Unión Soviética que poco en común tiene con los "modelos" originales. No es el fin de mi estudio (ya que sería bastante disparatado intentarlo) una amonestación a los soviéticos y otros comunistas por no haber logrado atenerse a una remota y utópica idea que nacía precisamente de la ausencia de poder; de la falta de experiencia con la realidad política; ideas que se dirigían en general hacia la destrucción del orden estatal establecido antes que a su mantenimiento. Más bien, la intención es indicar: a) que la desconfianza inicial de los socialistas del siglo pasado hacia los ejércitos profesionales se justificó plenamente por los acontecimientos; b) que los líderes del Partido Comunista Soviético continúan preocupados por el papel de los militares profesionales dentro de su estado, y c) que ninguna solución satisfactoria ha sido aún ideada que consiga una integración total de los profesionales militares en el sistema político dominado por el Partido.

El dilema del Partido Comunista Soviético puede considerarse como uno de los más grandes problemas de los sistemas políticos dictatoriales y autocráticos de nuestra época. Las características esenciales de tales sistemas autoritarios son la coerción interna y militancia exterior, y para llegar a estas posiciones las élites gobernantes han tenido que mantener fuertes órganos de seguridad y grandes establecimientos militares. Una diferencia fundamental, sin embargo, entre los instrumentos de coerción interna y las instituciones militares de tales estados es que los primeros usualmente son parte orgánica del aparato del partido gobernante y son intensamente leales hacia el dictador o facción; en cambio, los últimos, aunque no necesariamente desleales, buscan disociarse del aparato del Partido y de sus controles, para poder así cultivar sus propios valores profesionales e institucionales y mantenerse ajenos a la política y la gran masa de la sociedad. Los líderes del Partido Comunista consideran que esta tendencia de los militares les provoca serias preocupaciones. En verdad, su impotencia para lograr que los militares formen un sector integrante del sistema dominado por el Partido, ilustra muy bien esta falla vital existente en la estructura de todos los sistemas autocráticos de partido único.

A. IDEAS UTÓPICAS: "VOLKSAUFSTAND" Y "BEWAFFNETES PROLETARIAT"

Un axioma básico de las primeras opiniones socialistas sobre la dialéctica histórica y el conflicto de clases fue que las clases bajas oprimidas efectuarían su revolución por medio de un levantamiento en masa del pueblo. Con esta idea hacían eco al lema de la Revolución Francesa, *Levée en masse*, con la esperanza de que el pueblo armado barriese

Con el estado monárquico-burgués decadente y opresivo e introdujese el milenio. Con su fervor utópico, los primeros socialistas y socialdemócratas encontraban poca necesidad de un ejército profesional organizado para la revolución, ya que un ejército profesional es por definición el instrumento utilizado por una clase para la explotación de otra. Y, en realidad, para Marx el estado monárquico-burgués era sinónimo con su ejército, que "es el poder organizado de una clase para la explotación de otras"², ya que la más clara ilustración de ese estado la dan "el cuartel y vivac, sable y fusil, mostacho y uniforme". Para Marx, entonces, el *Volksaufstand* sería el vehículo para deshacerse de las despreciadas instituciones opresivas del estado, incluyendo al ejército. Además, él mantuvo que en una sociedad socialista futura, que por definición no tendría clases, no habría necesidad alguna de mantener un ejército profesional, ya que todos los medios de producción estarían en manos de los trabajadores, aboliendo así toda diferenciación de clases y, en consecuencia, negando la necesidad de instrumento alguno de opresión de una clase sobre otra.

Estas visiones utópicas, sin embargo, fueron estremecidas violentamente durante su primera confrontación con la realidad: la Revolución de 1848. La derrota del levantamiento de París, por las tropas regulares del General Cavaignac y el desbaratamiento de los revolucionarios durante el levantamiento de Baden en 1849 obligadamente forzaron a Marx y Engels a extraer algunas amargas lecciones respecto al futuro de la revolución. Hubieron de reconocer que "el pueblo armado aún no implica que sean soldados... ante todo, comprendieron la importancia enorme del equipamiento militar adecuado"³. Engels también observó que, a pesar de la derrota del levantamiento de París, éste se mantuvo por un período bastante prolongado, considerando la superioridad del enemigo; en cambio, el levantamiento popular de Baden falló miserablemente, porque "todo era desorden, cada oportunidad útil se perdió"⁴. El concluyó que el proletariado de París había estado más bien organizado y sabía actuar coordinadamente gracias al entrenamiento logrado en la fábrica y su vida diaria, mientras los liberales revolucionarios de Baden estaban marcados por su "valiente estupidez" y su actuación sin coordinación ni dirección central alguna.

Los acontecimientos de 1848-1849 llevaron a Engels, quien se había propuesto un programa de autoeducación en asuntos bélicos y milita-

²En Karl Marx y Friedrich Engels, *Selected Works*, Moscú: Marx-Engels-Lenin Institut, 1951, p. 43.

³Reinhard Hoehn, *Sozialismus und Heer*, Bd. 1, Berlin: Gehlen Verlag, 1961, p. 43.

⁴Misma fuente.

res⁵, a rechazar la idea de una fuerza del proletariado que llegase al poder "por medio de la utilización de los medios de guerra modernos y del moderno arte militar"⁶. Sin embargo, una vez que se dieron cuenta de la necesidad de lograr que la acción revolucionaria organizada contase con una vanguardia de proletariado bien equipado, Engels y Marx continuaron usando frases ambiguas respecto a los problemas implicados en el papel de las fuerzas armadas en una sociedad socialista, la actitud de la revolución hacia el 'antiguo ejército' y la estrategia y táctica de una fuerza revolucionaria.

No fue hasta que ocurrió la derrota de la Comuna en París el año 1871 que Engels y Marx finalmente rechazaron con firmeza todas las ideas 'liberales' de los social-demócratas y establecieron varios principios sobre la fusión de la guerra, el ejército y la revolución; principios que guiarían a Lenin casi medio siglo después:

1) Rechazar la continuada adherencia de los social-demócratas a la idea del *Volksbewaffnung*. Engels y Marx dieron todo su apoyo a la idea de una fuerza revolucionaria con una base de clases, la *Bewaffnetes Proletariat* (proletariado armado).

2) Engels y Marx desdeñaron la idea social-demócrata de ocupar los ejércitos existentes del estado para los fines de la revolución (una vez que hubiesen sido adoctrinados y persuadidos por la ideología revolucionaria) y en cambio urgieron la destrucción de la "maquinaria burocrático-militar" existente como el primer paso necesario para destruir el estado monárquico-burgués.

El papel de las fuerzas armadas en una sociedad socialista postrevolucionaria quedó, sin embargo, indefinido. Engels había rechazado algunas de las ideas de los social-demócratas tales como la separación del estado y el ejército (siguiendo la línea de la separación iglesia-estado) en una sociedad socialista, para hablar en cambio en forma ambigua sobre una integración más estrecha de las fuerzas armadas con el Partido. Y fue éste el problema —naturaleza y papel de las fuerzas armadas en la sociedad socialista postrevolucionaria— que más habría de molestar a los líderes soviéticos; problema que aún no se resuelve en su totalidad.

B. EL CRISOL REVOLUCIONARIO

Lo que Marx y Engels legaron a los revolucionarios rusos, y que por consiguiente, les une bastante íntimamente dentro de este contexto,

⁵Marx, quien era incluso más ignorante que Engels respecto a asuntos militares, urgió a este último a que lo mantuviese informado sobre sus progresos y que le enviase literatura que pudiese ayudarle (Marx) a incrementar sus conocimientos. Entre los motivos que da a Engels, menciona el hecho de que le son muy necesarias las ocasionales 10 libras ganadas escribiendo artículos sobre el tema. Ver nota 3, p. 61.

⁶Ver Nota 3, p. 52.

es: a) la idea del uso deliberado del poder y la violencia organizada con fines revolucionarios; b) la idea de que la "guerra pone a una nación a prueba... [ésta] condena a muerte a todas aquellas instituciones sociales que hayan perdido su validez", o la reformulación de Lenin de la antigua máxima de Clausewitz que la "guerra es sencillamente una continuación de la política con otros (vale decir, violentos) métodos"; c) la idea de que el movimiento revolucionario armado debe poseer una orientación clasista, basada en el proletariado, antes que en el reclutamiento en masa de la población, y d) la idea de que el ejército del Antiguo Régimen deberá ser desmoralizado y destruido como entidad funcional, para ser sustituido por una vanguardia del proletariado revolucionario.

No obstante, Lenin también hubo de aprender amargamente por sí mismo —tal como lo experimentaron Marx y Engels más de medio siglo antes— hasta qué punto eran inútiles las fuerzas revolucionarias desorganizadas y sin adiestramiento cuando se confrontaban con soldados profesionales del régimen opresivo. En 1903, Lenin aún se adhería a la noción de que un "ejército regular es un ejército divorciado del pueblo y entrenado para disparar sobre el pueblo". El reiteró que "un ejército regular no es en absoluto necesario para la protección del país del ataque de un enemigo; una milicia popular es suficiente"⁷. Sin embargo, dos años más tarde hubo de cambiar de parecer a consecuencia de la sublevación de 1905: "... grandes interrogantes históricas solamente pueden solucionarse con la violencia, y la organización de la violencia en la lucha moderna es una organización militar"⁸.

Cuando aun los socialistas y comunistas de fines del siglo xix y comienzos del siglo xx meditaban sobre el papel y naturaleza de las fuerzas armadas en la revolución futura, los acontecimientos de octubre súbitamente colocaron a los Bolcheviques frente a la realidad de una revolución victoriosa y ante los inmediatos y difíciles problemas de manejar un estado. Aquí idea y realidad chocaron y durante el proceso crearon el Ejército Rojo; institución que es casi tan remota de las nociones utópicas de los pensadores del siglo xix, como lo es en algunos sentidos de las instituciones militares tradicionales de otros grandes estados.

En 1917, tal como escritores soviéticos contemporáneos opinan,

⁷"To The Rural Poor", *Selected Works*, Lawrence & Wishart Ltd., Londres, 1936, vol. 2, p. 281.

⁸*Revolutionary Army and Revolutionary Government*, misma fuente, vol. 3, p. 313.

“Lenin y el Partido Comunista no poseían aún una visión completamente formulada de los métodos y formas de la organización militar del estado del proletariado y de los principios de su estructura militar”⁹.

De algo, sin embargo, los Bolcheviques estaban convencidos: la necesidad de desmoralizar al antiguo ejército ruso, para que de nada sirviese al gobierno provisional en su lucha contra los revolucionarios. Por lo tanto, concentraron su mayor esfuerzo dentro del ejército en socavar la voluntad de lucha, promoviendo la indisciplina, difundiendo ideas pacifistas y otras maneras de confundir la imaginación de los soldados por medio de lemas muy simples y atrayentes. La destreza política y psicológica exhibida por Lenin y Trotsky al explotar en esta forma el ánimo y las necesidades de las masas campesinas dentro del ejército, aceleró la corrosión de la moral que ya había comenzado. Deserciones en masa, confraternización con el enemigo e indisciplina plagaron al antiguo ejército ruso. El daño se intensificó con los fútiles esfuerzos disciplinarios de Kerensky y las brutales ejecuciones de Kornilov aplicadas a las unidades desobedientes. En el otoño de 1917, el ejército ruso cesó su existencia como una organización útil. Para guardarse contra la posibilidad de un resurgimiento, los Bolcheviques emitieron un decreto sobre la desmovilización gradual en noviembre de 1917, al que siguieron otros decretos introduciendo el principio de comando electivo e igualamiento de la tropa. Los efectos combinados de todas estas medidas redujeron el número de miembros del ejército y retiraron a los oficiales aristocráticos y burgueses de sus posiciones de autoridad¹⁰.

Habiendo destruido así al viejo ejército, los Bolcheviques tuvieron que sustituirlo con otra fuerza militar para ser capaces de resistir el ataque de las fuerzas contrarrevolucionarias. La Guardia Roja existente, aunque había actuado muy adecuadamente contra las guarniciones de San Petersburgo y Moscú durante la Revolución de Octubre, era “incapaz de oponerse a ejércitos enemigos” dado su “insuficiencia numérica... y la ausencia de una centralización conveniente [de autoridad]”¹¹.

El nuevo Ejército Rojo distó mucho en un comienzo de ser la formidable maquinaria militar en que se ha transformado. La tradicional desconfianza marxista hacia los ejércitos profesionales regulares, tanto como las condiciones casi anárquicas del país, hicieron que los fundadores del ejército procedieran cautelosamente. El plan era descentra-

⁹KPSS i stroitel'stvo Vooruzhennykh Sil sssr, 1918-iiun' 1941, Moscú: Voenizdat, 1959, p. 11.

¹⁰Kolkowicz, obra cit., p. 37.

¹¹KPSS i stroitel'stvo. . . , obra cit., p. 11.

lizar el ejército existente, utilizando el principio del reclutamiento voluntario y elección de jefes. Sin embargo, las fuerzas divisivas corrientes entre los militares —intereses locales, escasez de autoridad central, multiplicidad de comités y células del Partido y fricción entre oficiales y tropas enlistadas— anularon todos los esfuerzos tendientes a lograr que el ejército fuese una fuerza de lucha eficaz. En consecuencia, durante la tregua (*peredyshka*) que gozó el Partido gracias al tratado de paz de Brest-Litovsk con Alemania, Trotsky, contando con la aprobación de Lenin, se abocó a eliminar los elementos destructivos y de corrosión interna del Ejército Rojo y a transformarlo en una eficiente fuerza profesional. Disfrutando del amplio mandato cedido por Lenin, Trotsky buscó la introducción de algunos cambios absolutos dentro del Ejército Rojo y provocó así grandes debates sobre el papel adecuado del Ejército Rojo, incurriendo además en la ira de muchos de sus rivales dentro del Partido.

Las innumerables opiniones y proposiciones avanzadas durante las discusiones sobre forma y función se dividieron en dos categorías principales. La interrogante crucial que les desunía era si acaso el Ejército Rojo habría de ser un ejército verdaderamente “revolucionario” basado en principios ideológicos, o si acaso debería ser un ejército puramente profesional no afectado por la ideología. Los defensores de la primera posición favorecían: a) un mínimo de control centralizado y un máximo de dependencia en el control del Partido local para las unidades militares (significando esto una milicia territorial en vez de los cuadros profesionales regulares); b) la abolición de la disciplina estricta, los rangos y otras virtudes militares tradicionales y su sustitución por un sistema de elección de jefes y la posibilidad de discusión de las órdenes; c) reclutamiento voluntario en lugar del servicio obligatorio; d) control local, en vez de central, efectuado por las organizaciones del Partido y órganos políticos en cada unidad militar, y e) una doctrina militar revolucionaria en reemplazo de la estrategia ortodoxa.

Por contraste, quienes proponían un ejército profesional de cuerpos regulares, exigían una organización jerárquica, disciplina estricta y control centralizado dentro de la institución militar, la que operaría de acuerdo a los conceptos estratégicos tradicionales.

Los protagonistas principales en los debates fueron, por un lado, Trotsky y sus seguidores, y por el otro, los opositores de las ideas de Trotsky, quienes se concentraron alrededor de Stalin. Trotsky había propuesto dos etapas de desarrollo para el organismo militar que intentaba construir. Durante la etapa primera, bajo la presión de la amenaza contrarrevolucionaria tanto dentro como fuera de la Unión

Soviética, el Partido debía ignorar las fórmulas ideológicas y crear una fuerza militar capaz de rechazar al enemigo. En la segunda etapa, tras la victoria y estabilización interna, el Partido se encontraría con plena libertad para formar con toda calma un ejército verdaderamente revolucionario que estuviese dirigido por los imperativos ideológicos.

Para la primera etapa, Trotsky urgió una centralización rígida de los militares, la inclusión de oficiales del antiguo ejército ruso (*voenspetsy*), disciplina estricta dentro de las unidades, abandono de la elección de jefes, servicio militar obligatorio y estrategia ortodoxa. En la segunda etapa, él proponía que se transformase el Ejército Rojo en una milicia territorial al descentralizar la autoridad, reduciendo al mínimo el papel de los comisarios políticos y eliminando el poder contralor de los militares sobre la policía secreta y órganos políticos internos del ejército.

Las recomendaciones de Trotsky para la primera etapa de desarrollo del Ejército Rojo se basaron primariamente en la gravedad de la situación militar y en la necesidad aguda de preservar y extender el recientemente conquistado poder soviético. Su raciocinio para la segunda etapa era igualmente pragmático: Considerando que los problemas más salientes —una vez que el régimen hubiese consolidado su poderío y repelido a los enemigos internos y externos— eran económicos, Trotsky defendía las ventajas económicas de un arreglo por períodos, durante el cual los proletarios y los “cuasiproletarios” pudiesen continuar su trabajo en las fábricas y aldeas, dedicando al mismo tiempo algunas horas al adiestramiento militar; arreglo, como él lo indicaba, que estaría más de acuerdo con el modelo del sistema socialista.

Aunque las proposiciones de Trotsky obtuvieron el apoyo de Lenin, generaron un diseminado descontento y oposición tanto entre los militares como en el Partido. Esta oposición se constituyó en grupos divergentes, de los cuales el más prominente se agrupó cual círculo alrededor de Stalin. Este último, aunque era un fervoroso defensor de un ejército regular centralizado, sintió que su propia posición se veía amenazada por el creciente poder de Trotsky y como consecuencia encontró oportuno atacarle fundamentándose en la posible destrucción del ejército revolucionario al incluir oficiales del antiguo ejército y al adoptar la estrategia ortodoxa. Otras facciones también opuestas a Trotsky fueron aquellas que interpretaban la ideología comunista en forma absolutamente literal y se oponían a cualquier medida tendiente a la militarización, la centralización de la autoridad militar y a la estrategia ortodoxa.

La gran incertidumbre creada por el desacuerdo sobre el papel del Ejército Rojo se apaciguó temporalmente durante el VIII Congreso

del Partido, el que se reunió desde el 18 hasta el 23 de marzo de 1919. Las decisiones tomadas por el Congreso fueron: a) el Ejército Rojo habría de tener una "definitiva característica de clase"; b) debería incluir especialistas militares; c) habría de abolir el principio de oficiales elegidos; d) el ejército debería estar altamente centralizado; e) el ejército habría de ser, por la duración de la guerra civil, una entidad "regular"; más tarde asumiría la forma de una milicia, y f) el papel jugado por los comisarios militares habría de ser destacado¹².

Aunque el VIII Congreso confirmó con tanto énfasis las intenciones de Trotsky hacia la creación de una fuerza militar profesional y estableció algunas de sus características básicas, muchos miembros del Partido continuaron criticando y oponiéndose a sus decisiones. Hasta 1925, durante los próximos cinco congresos del Partido y otras ocasiones de importancia, el Partido siguió sufriendo con las acaloradas disputas respecto a la definición de un Ejército Rojo. Fue en el transcurso de este período turbulento que el eventual plan general de estructura, organización interna y papel político de los militares fue delineado y desarrollado. Las proposiciones utópicas de los Comunistas de Izquierda, los Bukharinistas, la "Oposición Militar" y otros cayeron una a una y el Ejército Rojo llegó a reflejar esencialmente una síntesis de las ideas de ambos protagonistas principales del conflicto.

El acuerdo básico entre Trotsky y Stalin que posibilitó esta solución de síntesis entre sus posiciones divergentes se basó en la necesidad inmediata de contar con un ejército profesional disciplinado y centralizado. Pero Trotsky mantuvo su visión de una transformación gradual hasta llegar a tener finalmente un ejército más "revolucionario" e ideológicamente orientado. En cambio Stalin y sus partidarios rechazaron este fin en pro de un ejército regular permanente. Trotsky, —aunque fue él quien introdujo los comisarios políticos en el Ejército Rojo— consideró que, a la larga, el papel de los comisarios se vería limitado, favoreciendo en cambio cada vez más amplias funciones para las organizaciones intramilitares y locales del Partido. Stalin, por otro lado, consideraba que los organismos políticos centrales no solamente desarrollaban un papel vital para el período formativo, sino que además los veía como instrumentos permanentes utilizables por los líderes del Partido para mantener a los militares bajo estrecho control.

Se podría afirmar que la forma asumida por el Ejército Rojo, tal como surgió del crisol y turbulencia de la Revolución se debió prin-

¹²КРСС о Vooruzhennykh Silakh Sovetskogo Soiuz: sbornik dokumentov, 1917-1958. Moscú: Gospolitizdat, 1958, pp. 49-63.

principalmente a tres factores centrales: a) la capacidad de improvisación pragmática de Trotsky en momentos de tensión; b) los vastísimos designios de poder personal de Stalin, combinados con su comprensión práctica de la habilidad de estadista, y c) las condiciones prevaletcientes en el instante del nacimiento del ejército —las amenazas políticas y militares hechas al nuevo gobierno bolchevique —que persuadieron a Trotsky y otros líderes del Partido a postergar las preferencias ideológicas respecto a un ejército popular en favor de un organismo más efectivo.

C. UTOPIA ABANDONADA: IMPERATIVOS DE LA REALIDAD POLITICA

Si de algo, Stalin desconfiaba incluso más que Trotsky de los establecimientos militares profesionales y su defensa de un ejército regular centralizado en modo alguno predecía al militarista o disciplinario estricto aún escondido. Una vez creado el Ejército Rojo, y habiendo expulsado o destruido a todos sus rivales, Stalin se encontró con la complicada tarea de retener los controles políticos sobre los militares en su totalidad y, simultáneamente, ante la necesidad de extender notablemente su base técnica y pericia profesional. Stalin introdujo fuertes controles políticos desde el mismo comienzo; negó a los comandantes la autoridad absoluta (*edinonachale*) y fortaleció la autoridad de los órganos de seguridad dentro del establecimiento militar. Los militares obtuvieron algunas concesiones de Stalin, pero el fin de éstas era solamente mantener la lealtad del ejército hacia su régimen y, a la vez, aumentar su destreza. Estas concesiones fueron ampliamente descontrapesadas con medidas y prácticas que resultaron en la reducción drástica de la libertad profesional, de la autoridad y de la autoestimación institucional. Aunque los militares surgieron, tras el inicial período postrevolucionario, con cierta cantidad de beneficios, se encontraron cautivos de la élite del Partido, viviendo en una "atmósfera de campamento armado rodeado de enemigos"¹³. Su papel oficial en el estado soviético, tal como se determinó por los primeros años de existencia, era ejecutar incontestablemente las políticas y directivas del Partido; proteger al estado y al régimen y abatir a quienes desafiaban la hegemonía del Partido, ya fuese dentro o fuera del país; aceptar y tolerar la presencia de funcionarios del Partido en su medio, incluso a expensas de una disminución de la eficiencia y autoridad militar; y ser un ejército civil, compenetrado de virtudes igualitarias, actuando a la vez de manera disciplinada y eficaz.

¹³Carl J. Friedrich y Z. K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, New York: Praeger, 1956, p. 281.

Era cada vez más claro, sin embargo, que el modelo stalinista de un ejército sumiso, maleable y "anónimo" era, en muchos y diferentes sentidos, tan impracticable como algunos de los esquemas utópicos del siglo XIX. Su error de percepción mayor fue ignorar el hecho de que los valores institucionales y profesionales se estaban profundizando en el interior de esta sociedad militar esencialmente gremial y predispuesta al aislamiento. Incluso valores que trascendían los de la ideología comunista estaban prendiendo entre las nuevas promociones del cuerpo de oficiales. Una vez que estas características "extranjeras" se hicieron visibles a fines de la década de 1920 y primeros años después de 1930, la desconfianza de Stalin en los militares se intensificó y sus esfuerzos para controlarles se trocaron casi en una paranoia.

Observemos brevemente un modelo comunista soviético de una institución militar en desarrollo y compáremosla con la "realidad objetiva":

Aunque el Partido llegó a desconfiar de la mayoría de las instituciones e individuos, su aprensión en el caso de los militares fue sin igual a causa de la estructura, función, valores espirituales, y sobre todo, ciertas características inherentes de los militares. La primera es la amplitud de recursos de poderío físico, armamentos, equipo, tropas y logística a disposición del ejército. Segunda, el hecho de que el mecanismo militar, con su organización estrechamente integrada, responde con muy pocas órdenes y puede, por lo tanto, en teoría, ser rápidamente puesto en pie de guerra a través de grandes sectores del país. Tercera, los militares tienden a ser un grupo cerrado y, como tal, generan valores de élite; ellas comparten la experiencia, la educación y el vocabulario común a su carrera; sus miembros son exclusivistas, con un fuerte sentido de solidaridad. Por último, sus oficiales están entrenados para mandar y exigir obediencia, y para responder en forma inmediata a una cadena de comando.

En realidad, los líderes del Partido observaron que muchas de las características del Ejército Rojo eran las mismas de cualquier establecimiento militar profesional de gran tamaño, fuese cual fuese su medio ambiente político-económico: a) una alta profesionalización y exigencias de autonomía profesional; b) un *ethos* profesional que incluía códigos estrictos de honor y disciplina, y c) una estructura organizacional cuyos niveles de autoridad son fácilmente discernibles y estables.

A medida que estas características y tendencias de los militares se desarrollaban, chocaron con la idea del Partido del ejército como una institución abierta —una institución de fácil penetración y mane-

jable. Al intentar el Partido una alteración de estas características, encontró que sus esfuerzos no tendrían éxito alguno salvo que recurriese a medidas sumamente radicales. En general, se contuvo ante la posibilidad de adoptar tales medidas radicales por el temor de amenazar la viabilidad militar. Sin embargo, el Partido tampoco estaba dispuesto a una aceptación generalizada de la existencia sin trabas de un ejército. Este dilema produjo elecciones difíciles para el Partido, que acentuaron esta situación contradictoria al negar a los militares una verdadera autonomía y sin embargo exigiéndoles la clase de resultados profesionales que mejor se lograrían si tal autonomía profesional fuese concedida. Era casi como si tal vez los líderes del Partido esperasen ser capaces de crear no solamente un "hombre nuevo" sino que también una "institución nueva", la que suponían sería *sui generis* en términos de organización, estructura y valores, sin abandonar por eso su semejanza con otros establecimientos militares ortodoxos en acción.

La calidad contradictoria e incompatibilidad de ciertas características básicas de los militares con los caracteres que el Partido hubiese deseado que exhibiesen, son fácilmente aparentes si se yuxtaponen como sigue:

RASGOS MILITARES "NATURALES"

Selectivismo
Autonomía Profesional
Nacionalismo
Aislamiento de la Sociedad
Simbolismo Heroico

CARACTERES DESEADOS POR EL PARTIDO

"Igualacionismo"
Subordinación a la Ideología
Internacionalismo Proletario
Compromiso con la Sociedad
Anonimato

Que los caracteres militares descritos en la columna de la izquierda son en verdad "naturales" lo demuestra el hecho de que han tendido siempre a surgir cada vez que el ejército se ha encontrado en una posición que le permita algo de libertad de los controles coercitivos del Partido (en los primeros años después de 1930, durante la Segunda Guerra Mundial y durante el breve período del cargo de Zhukoy como Ministro de Defensa).

La incompatibilidad entre el modelo ideal del Partido que consiste en un instrumento totalmente politizado del estado socialista (que además debe ser militarmente eficaz y disciplinado) por un lado, y de las tendencias "naturales" de los militares hacia la ortodoxia por otro lado; crearon fricciones y tensiones entre las dos instituciones, las que han continuado perturbando al Partido y la política gubernamental hasta el momento actual.

Confrontados con esta incompatibilidad inherente con los profesionales militares (una incompatibilidad que fue considerada por Stalin en forma exagerada y paranoica), los líderes del Partido, en el transcurso de los últimos cuarenta años, han emprendido una cantidad de medidas dirigidas hacia la "contención" mantenida del ejército, sin viciar sus capacidades o su viabilidad. La intensidad de esta política de "contención" ha variado según el estado de poder interno del Partido, la seguridad relativa de la Unión Soviética, por un lado, y la amenaza de guerra o luchas de poder internas del Partido, por otro.

Amenazado por el espectro del "cerco capitalista", Stalin se vio forzado a proveer al Ejército Rojo con grandes cantidades de equipo y armas modernas; a dar a los profesionales militares un amplio mandato para que integrasen las nuevas armas y equipo eficientemente en el ejército en crecimiento; a entrenar comandantes y soldados y a, en general, formar una defensa poderosa contra la creciente amenaza externa al estado. Sin embargo, se mantuvo precavido ante la tendencia militar hacia el exclusivismo y selectivismo, propensión que creció junto a su renacimiento profesional. Tan irresistible llegó a ser el recelo de Stalin que, en momentos de agudo peligro de guerra en Europa, atacó a los militares con las purgas masivas de 1937.

Se ve que durante todo su reinado Stalin consideró a los militares como a un gigante sujeto por las riendas del Partido. Cercados por todos lados por la policía secreta, órganos políticos y organizaciones del Partido y del *Komsomol*, la libertad de acción de los militares estuvo casi siempre severamente circunscrita. En cada ocasión de una amenaza externa, o cuando el Partido se encontraba dividido internamente, el Partido soltaba la rienda y lanzaba mendrugos a los militares en la forma de concesiones y de libertad para articular sus quejas. Una vez sobrepasada la crisis, nuevamente tiraba de la rienda y muchos de los recientemente conquistados privilegios eran rescindidos.

A pesar de esto, el Ejército Rojo progresivamente lograba una imagen corporativa, una sensación de prescindencia de las normas y procedimientos prescritos por el Partido para su existencia. Siempre que la maquinaria del terror stalinista continuase operando, los militares estaban impedidos de desarrollar una élite activa y portavoces para sus intereses. Tampoco se les brindó la oportunidad de articular sus opiniones institucionales, objetivos e ideales. Sin embargo, con la muerte de Stalin y la consiguiente división en la jefatura del Partido que le siguió, los mecanismos de control se debilitaron y los intereses y valores propios de los militares surgieron abiertamente.

D. DESPUÉS DE STALIN

La muerte de Stalin señaló el fin del papel sumiso de los militares dentro del estado soviético. Durante las luchas de sucesión de mediados de la década de 1950 los militares asumieron un importante papel nivelador, aportando, directa o implícitamente, su nada despreciable apoyo a ciertas personalidades o facciones dentro del Partido y asumiendo así un papel activo dentro de la política soviética. Además, en la persona del Mariscal Zhukov, amplios sectores del ejército encontraron su portavoz. Zhukov aprovechó los males internos del Partido para limpiar el establecimiento militar del penetrante control de los órganos políticos; él introdujo la disciplina estricta y la separación de rangos; exigió la rehabilitación de los jefes militares purgados y el castigo de sus torturadores; pidió mejores pensiones y un nivel de vida más alto para los militares; y, por último, trasladó a los militares desde su limbo social y político a una posición conspicua. Sobre todo, se permitió expresar, por medio de declaraciones públicas, su propia opinión respecto a importantes problemas militares, opiniones que a menudo diferían de la línea prevaleciente del Partido. La relación entre el Partido y los militares cambió desde su antigua forma benefactor-protégido a una distribución equilibrada de los papeles. Esta relación se ha transformado en un diálogo entre instituciones, con un constante proceso de ajuste de muchos de sus conflictivos intereses y valores vitales.

El notable esfuerzo de los militares para liberarse de las cadenas de origen ideológico y político, generó una seria preocupación dentro de la maquinaria del Partido, ya que sus miembros solamente podían observar impotentemente cómo Zhukov buscaba la destrucción del mecanismo de control tan cuidadosa y meticulosamente construido a lo largo de las cuatro décadas anteriores. Siempre que la jefatura del Partido se mantuviera trabada por sus luchas de poder por la dominación del Partido y del Estado, los militares gozaban de una libertad relativa —suficiente por lo menos para el correcto registro de la historia: ya fuese aumentando su autoridad, o dando una forma nueva a su estructura interna o, por último, con libertad para estirar sus músculos con toda tranquilidad. Con todo, una vez que Khrushchev finalmente confirmó su propio papel predominante dentro del Partido, al eliminar al “Grupo Anti-Partido” en 1957 con la propia ayuda del despistado Zhukov, los *apparatchiki* estaban preparados para luchar contra el espectro del bonapartismo en la Unión Soviética. Los temores del Partido ante posibles excesos militares se reflejan candidamente en las siguientes declaraciones hechas ante el xxii Congreso del Partido:

"Una peligrosa línea anti-Partido y la política bonapartista proseguida por el ex Ministro de Defensa Zhukov fueron cortadas en su comienzo por las decisiones de la sesión plenaria (octubre 1957, Comité Central). La gravedad de la situación puede observarse al captar la extensión alcanzada por el socavamiento y viciación del papel de los consejos militares, agencias políticas y organizaciones del Partido; absolutamente toda crítica efectuada por el Partido ante las faltas de conducta y actuación de comandantes de cualquier grado estaba prohibida en el ejército; la base del Partido de comando único individual fue desechada; la arrogancia, rudeza, arbitrariedad e intimidación abundaban en el trato a los subordinados; la disensión entre los oficiales comandantes y los trabajadores políticos fue cultivada. La vida de Partido y trabajo de las agencias políticas fue administrada por mandato y reducida a una actividad puramente educacional. La Administración Política Central fue desairada y degradada... Existía una creciente tendencia hacia la autoridad ilimitada en el ejército y en el país"¹⁴.

Aunque es dudoso que Zhukov y los militares hayan tenido designios bonapartistas sobre el estado, poca duda cabe que él utilizó su autoridad como Ministro de Defensa para alterar profundamente tanto el equilibrio interno entre los militares y la autoridad política como las más amplias relaciones entre el Partido y el ejército. Para las mentes ultrasospeschosas de los *apparatchiki* un desenvolvimiento en este sentido encerraba peligros para la hegemonía del Partido en el estado, y ellos, en consecuencia, se dedicaron a realizar reformas drásticas que purgasen a la comunidad militar de sus ideas peligrosas y prácticas similares¹⁵. Al instituir estas reformas sociopolíticas el Partido buscó: a) reducir a un mínimo las condiciones que generan un "elitismo" a través de procedimientos y valores igualizantes y colectivistas sobre la comunidad militar; b) "abrir" la comunidad militar al escrutinio imparcial y no necesariamente simpatizante de los órganos civiles del Partido; c) privar a los oficiales de su autoridad automática de comandantes y obligarles en la mayoría de los casos a recuperarla en la autoridad colectiva de las organizaciones del Partido dentro de sus unidades, y d) socavar la seguridad de los oficiales, exponiéndoles en forma intensificada al ritual de *kritika / samo-kritika*, incluyendo la ignominia de la crítica proveniente de sus inferiores profesionales y militares, los *Komsomols*.

¹⁴XIII *s'ezd: stenograficheskiĭ otchet*, 1962, Vol. 3, p. 67.

¹⁵Entre los estatutos y regulaciones de las reformas se cuentan: Estatuto sobre Consejos Militares (abril 1958); Estatuto sobre el MPA (abril 1958); Estatuto sobre Organos Políticos (octubre 1958); Cambios en las Instrucciones a las Organizaciones del Partido en el Ejército y Armada Soviética (abril 1958). Este último ítem se refiere al cambio en el Párrafo 2 de las Instrucciones originales publicadas en abril de 1957, siendo Zhukov Ministro. Ver Kolkowicz, *obra cit.*, pp. 139-142.

Tanto el despido de Zhukov como los ambiciosos planes de Khrushchev para reformar el cuerpo de oficiales fueron posibles gracias a que una cantidad de líderes militares de alto rango, quienes eran enemigos personales de Zhukov, prestaron su apoyo a Khrushchev y trataron de sustituir a Zhukov y sus partidarios en el cuerpo de oficiales. Estos miembros del llamado Grupo Stalingrado¹⁶, en ese momento una facción fuertemente pro-Khrushchev, lograron en realidad sus objetivos, pero solamente al precio de renovados controles políticos y el sacrificio de algunos de sus logros militares de autonomía profesional e independencia institucional.

En años recientes, sin embargo, a pesar del retraso sufrido con la salida de Zhukov y el programa de reforma militar de Khrushchev, los militares han avanzado hacia mayores libertades profesionales e institucionales. Las razones de este creciente poder militar provienen mucho menos de deliberados intentos de oposición al control del Partido, o de un renovado zhukovismo; sino que se deben más bien a las profundas transformaciones de las condiciones sociales y políticas en la Unión Soviética, al cambiante medio internacional y estratégico, a los imperativos de la moderna tecnología militar. Observemos entonces que: a) El cuerpo de oficiales se ha transformado gradualmente de un grupo de comandantes intercambiables con habilidades mínimas a un conjunto de jóvenes especialistas mucho más sofisticados y seguros de sí mismos; b) Individual y colectivamente, estos tecnócratas están resultando ser indispensables para la mantención efectiva de las cada vez más complejas armas militares y equipo; c) Los extensos compromisos político-militares de la Unión Soviética, tanto con países del bloque, del mundo subdesarrollado y vis-à-vis el Occidente, se venían seriamente amenazados por cualquier crisis grave en las relaciones entre el Partido y los militares, obligando a efectuar cualquier tipo de acomodación; d) Una perceptible moderación de los métodos del Partido para gobernar, tanto como un general aflojamiento de la vida social en la Unión Soviética, han permitido la promoción de dirigentes profesionales, tecnócratas y científicos, entre otros, como igualmente, de miembros del cuerpo de oficiales, cuerpo que rápidamente se torna en un grupo profesional por excelencia, y e) Una creciente tendencia antimilitarista y pacifista dentro de la sociedad soviética, ha llevado al Partido a tratar de realzar la profesión militar rindiendo mayor tributo a los oficiales y concediéndoles algunos beneficios.

¹⁶El Grupo Stalingrado consiste en oficiales que se aliaron con Khrushchev durante la batalla de Stalingrado, donde este último sirvió como supervisor político de ese frente, y que se habían elevado con Khrushchev a las más altas jefaturas dentro del establecimiento militar soviético. Para detalles ver "The Rise of the Stalingrad Group: A Study in Intramilitary Power Politics", en Kolkowicz, *obra cit.*

Además, el movimiento hacia la emancipación en los antiguos satélites y el rompimiento entre la Unión Soviética y China contienen un elemento altamente nacionalista. A medida que el dominio ideológico y económico de Moscú sobre estos disidentes se debilita, puede aún que les corresponda a los militares poner atajo e incluso hacer retroceder las tendencias divisionistas en el campo comunista. Y, finalmente, el corolario de la cada vez más nacionalista orientación de los países del bloque, es que los militares soviéticos ganan estatura como una importante entidad patriótica y un símbolo del poder del Partido Comunista de la Unión Soviética.

El efecto acumulativo de éstos y otros acontecimientos ha aumentado la importancia del papel interno de los militares, papel que ellos ven como una participación activa en la creación de la política a seguir en asuntos que afecten a la seguridad del estado. Aunque es poco probable que los mariscales y generales anden tras objetivos bonapartistas, sino más bien tras mayor autonomía profesional y corporativa, no se sienten obligados a frenar sus críticas de la política del Partido cuando tal política la consideran destructiva del bienestar y seguridad de la nación. Como un ejemplo de tal crítica pública efectuada por personal militar a la política oficial, uno puede citar exigencias muy recientes de los oficiales hacia la obtención de un papel más adecuado en la estructuración de la política estratégica y económica en la medida que ésta afecte al establecimiento militar. Además, se pueden citar exigencias de mayor autoridad para disponer de las fuerzas y armas estratégicas; autoridad que el Partido celosamente guarda como su propia prerrogativa; o exhortaciones para modificar la política exterior hacia una forma más militante, en vez de la actual de ciega adhesión a la *détente* con el Occidente. Estas críticas públicas efectuadas por los militares han forzado finalmente a los líderes del Partido a respuestas igualmente públicas y a intentar detener a los militares por medios de claras aserciones respecto a los legítimos derechos y la autoridad del Partido para manejar y controlar el establecimiento militar¹⁷:

"Tanto la Primera Guerra Mundial como la Segunda Guerra Mundial demostraron que la jefatura de un conflicto armado no puede dejarse en manos del comando militar por sí sólo."

Las tentativas de divorciar la política de la guerra y de probar que en una guerra moderna la jefatura política ha posiblemente perdido ya su papel (han sido refutadas decididamente por la lógica) ... Al contrario: Si acaso la guerra de misiles nucleares se torna realista, el papel de la jefatura política dentro de ésta aumentará sustancialmente".

¹⁷Krasnaia zvezda, enero 5, 1967. Ver también Krasnaia zvezda de enero 24 y abril 6 de 1967.

Los militares fueron sermoneados con "hace tiempo ya que pasó la era cuando un general podía dirigir sus tropas de pie en la cumbre de un cerro" y que los "marxistas-leninistas no asignan al papel de los generales una importancia absoluta". El Partido sostuvo que "la influencia de los generales brillantes, aun en su mejor momento, se limitó a adaptar los métodos bélicos a las nuevas armas y a las nuevas formas de combate". Además se les dijo a los militares que "dadas sus propiedades destructivas, las armas modernas son de tal naturaleza que la jefatura política no puede permitir que escapen a su control".

Los militares hacen oídos sordos a estas exhortaciones y recomendaciones de los líderes del Partido, y rechazan claramente opiniones tales como el ejemplo de la declaración de Khrushchev de que "Yo no confío en las apreciaciones de los generales sobre asuntos de importancia estratégica"; y arguyen, en cambio, que las "personas que adornan sus conclusiones superficiales y primitivas refiriéndose a... 'perspicacia estratégica', careciendo aun de los más remotos conocimientos de estrategia militar, no deben ser toleradas"¹⁸.

E. VISIÓN Y EXPECTATIVA

Una de las ironías de la historia es que los partidos comunistas, que en principio condenan los ejércitos profesionales regulares como fuerzas malignas de represión, son incapaces de actuar sin estos ejércitos profesionales una vez que ellos mismos han logrado el poder político; y en realidad dependen de los militares para mantener su poderío. Por supuesto, este giro de los acontecimientos no debe sorprendernos, ya que el control político de un estado es imposible sin alguna forma de fuerza militar. El hecho pertinente, sin embargo, es la dificultad que ha sufrido el Partido Comunista al tratar de encontrar una forma suficientemente estable de "coexistencia" que elimine la necesidad de este instrumento de su política.

Es importante distinguir entre dos tipos de problemas dentro de las actitudes comunistas hacia sus militares profesionales: a) *La necesidad de corrección ideológica al racionalizar la existencia de un ejército profesional*. Esta es una tarea relativamente fácil, que se logra sustentado la ficción doctrinal de un eventual marchitamiento del Estado, dentro del cual los militares son un factor importante, y de la superfluidad de un ejército profesional en una sociedad sin clases. Stalin ideó la fórmula de que el mantenimiento de un ejército profesional era indispensable debido a la amenaza del "cerco capitalista"

¹⁸Mariscal M. V. Zakharov, Jefe del Estado Mayor, febrero 4, 1965.

y Khrushchev utilizó la siguiente racionalización: "Estamos dedicando mucha atención a nuestro ejército solamente porque nos vemos obligados a hacerlo. Dado que los países capitalistas no conciben existir sin contar con ejércitos, nosotros también debemos tener un ejército"¹⁹.

Este admitido recelo respecto al mantenimiento de ejércitos profesionales, ha resultado más bien ser, en el fondo, una declaración retórica que tiene como fin y objeto la continuidad y legitimidad ideológica. Un problema muchísimo más serio es: b) *La aprensión de los líderes del Partido respecto a la conducta e intenciones de los militares dentro de la actual estructura política del Estado*. Esta preocupación es genuina y apremiante y se origina en la incertidumbre del Partido en cuanto a su habilidad para un control constante y eficaz sobre los "expertos en violencia", y su bien integrada organización, cuyos intereses institucionales y valores divergen fundamentalmente de los del Partido. Este último, para plantear el problema bajo los más simples términos, es un grupo de "expertos en violencia" de alcance muchísimo más amplio, quienes no pueden tolerar oposición significativa alguna a su hegemonía dentro del estado. Y así sucede que, aunque los temores del Partido ante los hombres que portan armas, vuelan los aviones, manejan los misiles y comandan la obediencia de millones de soldados, son bastante reales, se encuentran hoy en día en una posición muchísimo más dependiente de ellos que en el pasado.

La estrategia del Partido hacia los militares ha sido una de contención, divisionismo e integración: a) *contención*, que se logra al imponer innumerables trabas sobre la comunidad militar y con un incesante proceso de adoctrinación; b) *divisionismo*, obtenido con la cooptación selectiva de ciertos líderes militares dignos de confianza, retirándoles de la alta jerarquía a posiciones de poder y prestigio, buscando así un modo de prevenir que la comunidad militar desarrolle un foco, una dirección y una identidad institucional propia, y c) *integración*, que se logra al negar a los militares la sensación de aislamiento de la sociedad, estableciendo múltiples vínculos entre los militares y el resto de la sociedad.

El objetivo de esta estrategia es simple y quien mejor lo ha descrito ha sido Mao con su sucinta declaración: "Nuestro principio es que el Partido controle el arma y jamás permitir que el arma controle al Partido". El éxito de esta estrategia ha sido considerable, y siempre ha permitido que los líderes del Partido Soviético manten-

¹⁹Prauda, febrero 16, 1958.

gan su autoridad entre los militares y puedan rehabilitarla cada vez que esta autoridad se haya debilitado temporalmente. A pesar de todo esto, los compromisos políticos y militares cada vez mayores del estado soviético —junto al “carisma” cada vez menor de los líderes del Partido, al disminuido papel de la máquina del terror a los imperativos de la tecnología moderna, entre otras cosas— han favorecido la intensificada profesionalización y lealtad institucional del cuerpo de oficiales. Estos acontecimientos colocan a los actuales líderes del Partido ante un dilema; este dilema se deriva del delicado equilibrio entre dos motivaciones conflictivas: el deseo intenso de lograr la hegemonía dentro del estado y la necesidad de mantener una posición militar-política muy firme ante el resto del mundo. Este equilibrio no es imposible de lograr, siempre que los líderes del Partido se sientan suficientemente seguros como para confiar en los militares hasta el punto de permitirles un mínimo de autonomía corporativa y un papel dentro de la formación de la política defensiva. El Partido no lleva a cabo esta idea porque supone que los generales no son dignos de confianza. Con este recelo, los líderes del Partido Soviético parecen reflejar el vitriólico comentario de Engels respecto a los primeros militares profesionales que se habían unido al movimiento revolucionario de 1848:

“Esta jauría militar... se odian entre sí violentamente, son celosos como colegiales del más mínimo premio recibido por otro, pero cuando se trata de civiles (*vom “Zivil”*) están todos unidos”²⁰.

Uno siente la tentación de emplear la terminología y las fórmulas deterministas de la dialéctica comunista para describir la evolución del papel de los militares en el Estado comunista. Se podría decir que el Partido ha creado el Ejército Rojo para utilizarlo como un medio de promoción de sus intereses políticos e ideológicos. Habiendo “dado la vida” al Ejército Rojo, el Partido se encontró progresivamente más y más dependiente de él por motivos tanto internos como externos. A medida que el estado soviético asumía internacionalmente un papel político y estratégico cada vez mayor, en la misma medida aumentaba la dependencia del Partido en los militares, conjuntamente con el poder e influencia de éstos últimos. También se puede especular sobre la “síntesis” futura de estas fuerzas “antitéticas”; futuro en que posiblemente ambas se unan. En tal caso el ejército “militarizaría” al Partido y los militares llegarían a estar aún más “poli-

²⁰Engels en una carta a Marx, citada en Hoehn, *obra cit.*, p. 44.

